



Un grave problema de los cursos de catalán es el que representa su financiación. Hasta ahora son financiados, en general, por entidades privadas o de crédito, aunque algunos ayuntamientos prestan también su ayuda económica.

CATALÁ A L'ESCOLA

nal» (1), y los delegados provinciales de Educación de Galicia, País Vasco, Navarra y Cataluña, en una asamblea celebrada recientemente en Madrid, llamaron la atención sobre la necesidad de conservar y desarrollar las culturas y lenguas regionales.

Organizada por el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Barcelona, se ha llevado a cabo en dicha ciudad una experiencia realmente interesante. A lo largo de cuatro cursos se han podido comprobar los resultados obtenidos en tres grupos de alumnos de Enseñanza General Básica, dos compuestos por catalanoparlantes y el tercero por niños de lengua materna castellana. A los del primer grupo —lengua materna catalana— se les empezó a enseñar en su idioma, pero siguiendo un régimen de enseñanza bilingüe, y a los del segundo —formado también por catalanoparlantes— y tercero, siguiendo el sistema tradicional de enseñanza monolingüe en el idioma oficial. Al terminar el experimento, los del primer grupo estaban a un nivel similar a los del tercero y superior a los del segundo en cuanto a conocimientos de castellano y, por supuesto, de catalán. Además, y en comparación con los del segundo grupo, los niños que siguieron el régimen de enseñanza bilingüe se mostraban mucho más comunicativos y dispuestos a colaborar en todo tipo de actividades, su capacidad expresiva era mayor y el clima de las clases mucho más espontáneo y creativo. Entre los tres grupos se procuró que no existiesen diferencias socio-económicas y que el nivel medio de inteligencia fuese similar. Como vemos, pues, científicamente hablando, privar a un chico de la enseñanza en su lengua materna puede producirle ciertos traumas y crear en él una clara deficiencia, tanto en el co-

nocimiento de su propia lengua como en el del idioma oficial.

Julán Marías, refiriéndose al problema lingüístico de los «chicanos», dice —«La Vanguardia», 17-II-74— lo siguiente: «Las grandes minorías que poseen en forma "viva" su lengua, no pueden (ni deben) renunciar a ella. Se deben conservar las lenguas minoritarias, se deben enseñar y usar, se les deben conceder los derechos oportunos», y refiriéndose a nuestro país —«La Vanguardia», 1-IX-74—, que «la tesis —o la práctica política— de que en España no hay más lengua que el español es monstruosa: como error científico, como actitud moral, como conducta social o de gobierno». A pesar de que en el último de los artículos citados nos recomiende, a los catalanoparlantes, no vengarnos (?) ahora de una falsedad oficial, me parece que no estamos haciendo nada más que pedir, con toda justicia algo que sólo nosotros —y en su caso los vascos y los gallegos— debemos soportar y padecer. Pues, en definitiva, tenemos poderosas razones para pensar que nuestro idioma, vernáculo, materno, regional o como quieran llamarle, ha sufrido en épocas históricas más o menos lejanas un trato injusto y discriminatorio, que si bien cuando los conceptos de nación y Estado se confundían, y los países europeos aspiraban a una uniformidad artificial a toda costa, podía ser comprendido por algunos, en la hora presente está completamente superado y supervivencia es un pesado lastre que es preciso aligerar a toda costa, pues no beneficia, creo, en nada a nadie. Pío Cabanillas sí lo reconoció cuando dijo —«La Libre Belgique», 16-II-74— que «Sería injusto ignorar que las culturas regionales son una realidad histórica viva, que se integran en la existencia de España, y que, por ello, es preciso reforzarlas, ya que haciendo lo contrario se deformaría lo que es en realidad nuestra nación».

(1) «Educación General Básica: nuevas orientaciones segunda etapa». Folletos del Magisterio Español 52-53. Ed. Magisterio Español, S. A. Madrid, 1971.

■ J. F. Fotos: FRANCESC PALMER.